

vos a la personalidad de Rulfo, que deben leerse imbricados en su escritura, y que Roffé reunió gracias a entrevistas realizadas a los «cuates», amigos y gente cercana al círculo del mexicano, testimonios especialmente recabados para la presente investigación. Así, a las anteriores indagaciones que dieron por resultado un libro de cita obligatoria para los estudiosos rulfianos (*Juan Rulfo: Autobiografía armada*, Montesinos, Barcelona, 1992), Reina Roffé suma ahora reveladores datos.

Cruzando aspectos de la vida privada del autor con los de la Historia ha nombrado en torno de Rulfo los momentos claves del acontecer mexicano y latinoamericano a lo largo del siglo XX. Lo más destacable de ese complejo entramado que nos devuelve la imagen del autor de manera viva y real, es el efecto de lectura que nos deja el libro en su conjunto. Reina Roffé acata al escribir esta biografía la enseñanza de Nabokov, aquella premisa de respeto necesario al leer y escribir: «saber acariciar los detalles». Y esos detalles con los que confirman al biografiado y a la biógrafa en esa especie de seres que conocen «las claves del oficio de vivir y de crear».

Las contradictorias fechas y lugares de nacimiento que se disputan el honor de ser cuna de Rulfo —y que el propio autor variaba, negaba y confundía voluntariamente—, le permiten trabajar un concepto muy

interesante sobre ese afán por mentir o inventar: «la metamorfosis de la verdad». ¿No es acaso eso mismo una posible definición de «literatura»? ¿No estaba haciendo literatura, Rulfo, cuando daba un dato falso y percibía su efecto en el interlocutor? ¿No puede pensarse, entonces, que vivir era para Rulfo «vivir en literatura» aunque no diera a conocer textos impresos nuevos, siempre anunciados y prometidos? ¿No era su vida misma una mueca burlona de su quehacer literario?

Impreciso, escurridizo, de versiones plurales sobre sí mismo, ha sido monolítico en su entrega escritural: ahí están su novela, sus cuentos y las cartas a Clara para dar fe de sus textos.

Eterno niño en busca de la madre que lo dejara huérfano demasiado temprano; incansable rastreador de su padre muerto trágicamente —y de cuya catarsis algo saben las páginas de *Pedro Páramo*—; adolescente internado en un orfanato; seminarista clandestino; enamorado y joven; sujeto de enfermedades reales y ficticias; amigo de Arreola, de Onetti y de Efrén Hernández; confeso rival de Octavio Paz; disgustado trabajador en tareas como vendedor de llantas en la empresa familiar o empleado en una oscura oficina kafkiana; poseedor de soledades arcaicas y el sueño inconcluso de abrir su propia librería —sueño compartido por todos los que como él, como Borges, se enorgullecía más por lo leído que por lo escrito—,

fotógrafo; montañista; ficcionalizador de la Revolución mexicana; guionista de cine, actor improvisado; fumador y bebedor; amante de los diccionarios y de una muchacha hoy todavía anónima, son algunas de las máscaras rulfianas que la autora despeja en el libro.

Por todo esto, *Juan Rulfo. Las mañas del zorro* es un texto imprescindible y porque nos acerca a ese huidizo maestro de la palabra que sigue dando cátedra desde las páginas de sus dos memorables obras.

Diana Paris

Malena, Miguel Méndez Camacho, Bogotá, Alfaguara, 2003.

Miguel Méndez nació en Cucuta en 1942. Abogado del Externado, publica ahora su primera novela, luego de varios libros de poemas. Una obra gozosa y divertida sobre una cuadrilla de cómicos personajes que intentan estafar un casino en Punta del Este. La *troupe* está encabezada por Malena Figueroa, una provinciana colombiana que en busca de su padre, jefe de naipes y maestro de crupieres, termina por enredarse en una acezante y disparatada aventura, con los ingredientes clásicos del género: suspense, romance, ambición, golpes, humor y dibujo de caracteres. Y, claro está, final feliz, con los malos humillados.

Sólo que la erudición en asuntos de juego que sustenta la trama, no solamente es pasmosa sino exhaustiva. Neófitos para seguirla en detalle, el aprendizaje que hace la protagonista en ruleta y cartas es el correlato objetivo de sus cambios vitales. Un novio pusilánime que deja de lado, un galán porteño que la engaña, una cirugía plástica y un diario donde consigna este picaresco aprendizaje de la doblez y el engaño, con algo de comedia de cine mudo aun cuando sus diálogos resulten oportunos y refrescantes.

Pero en medio de la apocada sordez de algunos –su madre, su amiga traidora– sus páginas brillan con jubiloso desenfado, desde una españolita de nombre mágico, Mariloli, hasta un vencido Mago de las mesas de juego, que reparte quizás por última vez cartas marcadas. Con la intuitiva sagacidad con que alguien deslumbra y se desmaya, ofrece una réplica feliz e incurre en una bobería sin remedio, todo el escenario puede ofrecer imprevistos milagros: «Entró a las diez y cuarenta y cinco, compró US\$ 2.000 y cobró US\$ 61.520 a las dos y cincuenta» (p. 139).

Ese azar feliz es el que estos hombres con gota, ya curtidos en el vicio y la trampa, buscan agrandar y repetir ante la revoltosa aparición de esta heroína risueña. Una jubilación feliz y con mucha plata anima a los cuatro o cinco compinches, mujeres incluidas, y dinamiza la

peripecia, entre Cucuta y Buenos Aires. Punta del Este y los bares, hoteles y asados en la playa donde estos pragmáticos, de sucia sabiduría, vuelven a ser adolescentes que deliran con las fichas en esa última apuesta soñada, con trago en la mano.

Los vencidos por la vida arman su última batalla mientras Cucuta y Buenos Aires brillan al fondo con luces de nostalgia.

El ambiente, de seguro por haberlo frecuentado con excesiva asiduidad en sus años como diplomático en Buenos Aires (1983-1989) está magistralmente captado. La fauna turística, desde mormones hasta venezolanos, que se excede en vacaciones, convive con ese mundillo rapaz, adulador y sinuoso, de meseros, taxistas y botones, que circunda a Malena, en sus caídas y sus momentos de gloria.

De ahí que el complot para tumbar el casino nos arrastre eufóricos. El casino es también un orden, un sistema riguroso, una lógica matemática que hay que burlar, incluidos su gerente y sus corifeos papanatas.

La lectura se convierte así en un desafío arriesgado contra quienes creen manejar el poder y controlar todas las artimañas. Videos, guardianes y soplones caerán ante esta mezcla impredecible de improvisación y astucia, de ilusión y trapacería. El triunfo de Malena al hacer saltar la banca es el triunfo de una estratagema perfecta: aquella que

burla la suerte y gratifica con el placer de una lectura deleitosa y cómplice. El tahir gana en la ficción, sus personajes triunfan en la vida imaginaria, y el casino, felizmente, cae vencido ante la falsa inocencia de una mujer tan dulce como mentirosa. Aplausos ante este logro.

La gloria eres tú. Manuela Sáenz rigurosamente confidencial, *Silvia Miguens, Bogotá, Aurora, 255 pp.*

La novela histórica corre varios riesgos: apegarse a los documentos o perderse en las fantasías. Quedar prisionera del recuento de fechas y datos o dispersarse en la elucubración arbitraria. El ejemplo más logrado es el de Marguerite Yourcenar cuando, con un emperador romano o un médico, en la transición Edad Media-Renacimiento, es capaz de darnos mundos compactos: *Memorias de Adriano* u *Opus Nigrum*.

A Manuela Sáenz, la quiteña amiga de Bolívar, la han cantado los poetas de Pablo Neruda a Gastón Baquero. La han interpretado los historiadores, de Víctor von Hagen a Germán Arciniegas. Y los novelistas, de Denzil Romero a Gabriel García Márquez, le han seguido con devoción sus pasos. Y si bien antaño la insultaron, en nuestros días varias madres le han puesto el nom-

bre suyo a sus hijas como el reconocimiento a una mujer libre y sin tapujos.

Pero ahora Silvia Miguens, la novelista argentina radicada en Bogotá, la muestra, con tranquila naturalidad, en el final de sus días, cuando en Paita, un puerto de pescadores en el Perú, toda la historia parece conjugarse, cristalizada en un instante decisivo. Allí donde revive sus orígenes de hija natural de Don Simón Sáenz y Vergara, «capitán de las milicias del Rey y recaudador de los diezmos del Cabildo de Quito», donde el célebre trío de su ama de leche y sus dos criadas la inician en esa cultura popular, indígena-africana, de ensalmos, conjuros y hechizos.

Seducida por Xavier Malo y casada con el inglés James Thorne se prepara, en alguna forma, para afiliarse a la empresa de la Independencia, literalmente encarnada en su amado Simón Bolívar.

Pero la fascinante constelación de figuras que ahora giran en su órbita crepuscular —el narrador norteamericano Herman Melville, el preceptor de Bolívar, el roussoniano Simón Rodríguez; o el libertador de Italia, Garibaldi, hombres los tres que estuvieron en Paita, amplían el recuento en una desbordada extrapolación imaginativa.

También las figuras de Sucre y San Martín, se unen a este cortejo añorante y son las voces de las mujeres quienes van a erguir de nuevo ese mundo extinto sin remedio.

«El mundo se apareció frente a mis ojos entonces como eso que era realmente, una policromía de sangre, plumas negras, ponchos azules de Castilla, el óxido de hierro de los cañones, la plata de las hojas de los sables y los cuchillos, y yo era igual a una encarnadora que tuviese que abrillantar la realidad frotándola con una vejiga de carnero para resaltar los colores (p. 81).»

Es en este punto donde se cruzan las trayectorias individuales con el horizonte colectivo. El Bolívar que había proclamado: «Inventamos o erramos» se une con la desprejuiciada mujer que se ha hecho a sí misma, en una personal escala de valores propios, pero no por ello menos válido: «El general supo que el amor nace de una decisión libre. De la aceptación voluntaria de la fatalidad» (p. 106). Para él Manuela Sáenz inventa el amor acompañándolo en la lucha, compartiendo sus zozobras, acrecentando sus odios, dándole a la vez guerra y paz, como lo atestiguan cartas de Bolívar enfebrecidas y espléndidas, en su pasional desborde visionario.

Es sobre estos textos donde la novela se sostiene, crece y se eleva, para mantener así su zigzagueante electricidad poética: «Con lo que sea, general, con uñas y dientes, con mentiras, con traiciones, con intrigas y venganzas. Una mujer protege de cualquier manera la vida de aquello que ama» (p. 134).